

ciones, a su vez, enriquecen, desde ángulos muy concretos, el contenido del Simposio. A modo de ejemplo, señalamos la participación de Primitivo Tineo, sobre la pastoral sacramental en el III Concilio Limense; la de Elisa Luque Alcaide, acerca de la vida urbana en el México del XVI; la de Josep Ignasi Saranyana, sobre la teología trinitaria de fray Jerónimo de Oré.

J. Bravo

Jean GUITTON, *Retrato del Padre Lagrange. El que reconcilió la ciencia con la fe*. Ed. Palabra, Madrid 1993, 185 pp., 14, 5 x 22, 2.

El autor advierte que no ha pretendido hacer una biografía del P. Lagrange (1855-1938), sino un «retrato», entendiendo por tal algo no muy preciso: «mostrar la presencia de la eternidad de un ser en su existencia corporal» (p. 16). Hay dos partes en el libro: una, «memoria» y otra, «memorial», así las llama el Autor. En la primera recoge datos y testimonios de personalidades científicas y literarias y citas del propio P. Lagrange sobre sí mismo y sobre episodios diversos de su vida. La segunda está constituida principalmente por recuerdos de conversaciones del propio J. Guitton con el P. Lagrange en Jerusalén y Tierra Santa, principalmente en torno a 1935, cuando éste rondaba los ochenta años, pero su cabeza continuaba perfectamente lúcida.

En una y otra parte, Guitton intercala consideraciones, datos, juicios, etc., que tienen como telón de fondo los avatares de la vida y de la actividad científica del gran exegeta, Fundador de la Escuela Bíblica de Jerusalén y de la «Revue Biblique». Si tenemos en cuenta que Guitton nació en 1901 y escribe su libro en 1990, es fácil entender que a lo

largo de sus páginas irrumpen muchos de los acontecimientos y de los personajes que tejieron buena parte la vida intelectual de Francia en nuestro siglo. En este sentido, su *Retrato* es de un inestimable valor: algunas de las conversaciones con esos personajes, incluido el P. Lagrange, son testimonios únicos, por lo que el libro resulta realmente interesante y hasta apasionante.

La actividad del P. Lagrange discurre coetánea de gran parte de la gestación, explosión y secuelas de la crisis modernista. Aunque Lagrange, desde su retiro laborioso de Jerusalén —obviamente con salidas frecuentes a Europa por motivos de congresos de estudios bíblicos, conferencias, etc.— no se inmiscuyó directamente en las polémicas en torno a esa grave crisis del pensamiento católico, fue inevitable que le alcanzaran sus salpicaduras. También desde este punto de vista, los testimonios de J. Guitton son muy interesantes.

A lo largo del libro encontramos enjuiciamientos de acontecimientos intelectuales y de personas agudos y penetrantes, certeros y discutibles, objetivos y subjetivos, profundos y ligeros, serenos y apasionados.

Estas contraposiciones se observan quizá de modo más llamativo cuando Guitton comenta los complicados avatares del movimiento modernista, de sus protagonistas, simpatizantes y opositores, desde posiciones privadas o desde su gestión en los organismos de la curia romana, etc). Hay no pocas cuestiones que abre y no cierra, cuñas del pensamiento del propio Guitton sobre muy variados temas, que introduce entre relatos de las tensiones intelectuales. En suma, toda una miscelánea de testimonios personales o ajenos altamente interesantes y, al mismo tiempo, expuestos con un orden nada fácil de descubrir.

La tesis básica en todo el escrito puede estar bien condensada en el subtítulo del libro, esto es: el Padre Lagrange, desde el dominio científico de la Exégesis bíblica, fue el pionero colosal que reconcilió la ciencia con la fe. Y semejante tarea no fue una empresa pacífica, sino que hubo de llevarla a cabo en uno de los momentos más difíciles de la teología católica: en medio históricamente de la crisis modernista y de los años que le siguieron.

Ahí se reflejan las virtudes morales del P. Lagrange: la fortaleza en mantener las verdades de la fe y de las enseñanzas de la Revelación bíblica, la apertura inteligente a los métodos y a las adquisiciones ciertas de la investigación exegética, histórica y arqueológica, y la obediencia heroica y rendida a las medidas disciplinares de los organismos de la curia romana y de los superiores de su propia Orden de Predicadores.

El P. Lagrange sufrió mucho, mantuvo bien su fe y su piedad profunda, no abandonó nunca el trabajo de investigación intenso y puede ser considerado el padre de la moderna Exégesis científica católica de la Biblia. Es por todas estas virtudes y cualidades, heroicamente practicadas, por lo que, a iniciativa del Santo Padre Juan Pablo II y de un grupo de obispos franceses, se ha introducido la causa de beatificación.

Por lo apuntado anteriormente se comprende que la lectura del libro de Jean Guitton requiere una buena base cultural y teológica, so pena de quedar confuso en no pocas de sus páginas. En cambio resulta muy interesante para quienes conocen la historia de la teología, de la exégesis bíblica y de las controversias culturales que se produjeron en Europa, y principalmente en Francia, desde fines del siglo XIX hasta traspasar la primera mitad del siglo XX.

J. M. Casciaro

Loris STURLESE, *Storia della filosofia tedesca nel medioevo. Dagli inizi alla fine del XII secolo*, («Studi», 105), Accademia Toscana di Scienze e Lettere «La Colombaria», Firenze 1990, 242 pp., 17 x 24.

El libro que reseñamos se presenta como un primer intento de rehacer la historia de la filosofía medieval desde una nueva perspectiva. Como el propio autor dice, ha faltado hasta ahora una historia nacional de la filosofía en la Edad Media. Esta laguna se debe, entre otros factores, al hecho de que desde el comienzo la historiografía del pensamiento medieval se ha realizado con una perspectiva parisina y este enfoque se ha convertido en clásico.

En efecto, lo que hay de filosofía en los siglos medievales se relaciona siempre con las Universidades y las escuelas de París y Oxford, y lo demás se ha estudiado sólo como complemento, como reflejo de la filosofía medieval propiamente dicha. Según el autor, existe una filosofía medieval periférica que hay que redescubrir y estudiar, y que hasta ahora ha sido desautorizada sencillamente por el hecho de ser periférica.

Como se sabe, esta nueva perspectiva de trabajo fue ya señalada por Sturlese en 1979, con ocasión del primer encuentro de los colaboradores del *Corpus philosophorum Teutonicorum medii aevi*. Es en torno a esta edición de filósofos alemanes de la Edad Media donde hay que situar la corriente historiográfica. El *Corpus*, dirigido por Kurt Flasch y por el propio Loris Sturlese comenzó a publicarse en 1977 en Hamburgo. Hasta ahora han aparecido las obras de Ulrich de Estrasburgo, Dietrich de Freiberg, Nicolás de Estrasburgo y Bertoldo de Moosburgh. En torno a esta iniciativa editorial se han ido agrupando una serie importante de especialistas, entre otros: Eugenio Garin, Peter Ganz, Burkhard